



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abárzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Mejias y Escassy don Luis.—Navarrete don José de.—Pongilioni don Aristides.—Pereira don José.—Randy Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Redondo don Antonio.—Ramirez don Javier.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

El DIARIO DE SEVILLA, ilustrada publicacion que dirige el eminente poeta sevillano, D. Narciso Campillo, inserta la siguiente crítica literaria, chispeante y humorística, que no podemos resistir el deseo de darla á conocer.

Una SILVA que merece otra idem.

Aconteció, que estando sucios los caños de la Carraca, se dispuso que se limpiasen: esto es muy natural: y si igualmente se escamondara todo lo manchado, muchas conciencias necesitarian un repasito. Pero si estamos conforme con la limpia de los caños, no podemos estarlo con que ella inspire entusiasmo poético á nadie, y mucho menos á todo un señor como el Sr. D. Manuel de la Maza y Pedrueca: pues si bien firma solo, «Pedrueca,» como si digera, «Quintana,» «Espronceda,» «Zorrilla,» ú otro apellido tan famoso, que de los demás se distingue, sépase que este poeta antes de llamarse Pedrueca, se llama D. Manuel de la Maza; y así consta en su partida de bau-

tismo, y es conocido por tales nombres, sino en el Parnaso, por lo menos en su casa, y en la redaccion de «El Constitucional» de Cádiz, que encuentra recomendables sus composiciones; ¡grado heroico á que puede llegar la quinta esencia de la amistad de un periodista! Vamos á la «Silva,» que lo es con efecto, pues el correcto gusto literario y la buena poesía salen completamente silvados.

Los mas altos poetas han buscado asuntos dignos de la lira; pero se han equivocado de parte á parte. El buen barbero, debe sacar patilla donde no hay pelo; y así lo entiende el autor de estos tales versos, eligiendo por asunto la limpia de los caños de la Carraca; por lo cual no es extraño, que mañana dedique una oda á la limpia de un pozo negro, esto va en gustos, y los hay fatales. Pero lo que no alcanzamos, es por qué motivo á no ser por el yá indicado, llama «Silva» á su engendro, cuando en él hay versos, no solamente de siete y once silabas, sino hasta de diez y doce: ejemplos:

de 7: «de nuevo ver desea.»

de 10: «cien naves y cien cuenta la historia.»

de 11: «verdi-azulado mar, sed mensagero.»

de 12: «y luna y sol y bajeles y barquillas.»

Consta la descomposicion de seis estrofas: de la primera nada decimos, por no haber podido entenderla: hay un «onubio puerto,» que vale muchas pesetas; y tres pronombres ambiguos, capaces de desesperar al mas agudo intérprete.

En la segunda recuerda la batalla de Trafalgar, el poder de España en otro tiempo, y llama «nuevo genio, de la España gala,» al encargado de limpiar los caños. Sigue un periodo ininteligible, que es enteramente una bofetada á la gramática.

La tercera se entiende menos que las otras.

La cuarta es así.

Ebrio de gozo aspiro
y á Dios Omnipotente humilde invoco
postrado ante el zafiro,
pues que el principio de su gloria toco.

Aquí todo queda en tenguerengue. Ni dice á que aspira, ni que zafiro es ese, ni por qué toca el principio de la gloria. Con mejor fundamento pudiera decir, que toca el principio de la locura.

En la quinta estrofa. el Sr. de la Maza, que es muy político, dá tratamiento de «vos» al mar; pues eso de tutearlo, como lo hacen todos los poetas, debe ser una falta de crianza. Llama «gloria postrimera» á la empresa de limpiar los caños. Al ver tamaño disparate, no hemos podido menos de rezar:

En la «postrera» agonía,
cuando la muerte llegare,
tu patrocinio me ampare etc.

En la sexta estrofa, que es la mejor, solo por ser la última, cita á Bazan, «debelador del moro,» á Villalobos, Legaspi, Ladrilleros... ¿quién era este señor? alguno ¿que vendia ladrillos? No, fué uno de los capitanes que «montaron» con gloria las galeras españolas. No puede haber figura mas ridícula que un capitán montado en una galera. Este es un galicismo, señor cantor de los caños de la Carraca. Para que la silva tenga de todo, concluye á manera de sermón cuaresmal con una plegaria. En ella pide el «poeta» no que le perdonen sus muchas faltas; sino que Dios bendiga al «natal día,» sin decir que día es este, y que lo bendiga, no de prisa y á oscuras, como entierro de pobre; sino

Con régia pompa y «celestial boato.»

El Sr. Pedrueca habrá dicho para su gaban: si hay boato mundano, tambien debe de haberlo celestial, y vamos viviendo. En el último verso, manifiesta su deseo de que Europa entera nos vea con temor. Si todos los españoles escribieran así, de seguro se realizaba semejante anhelo; pues Europa creería que todos habíamos perdido el juicio: y ¿quién no teme á diez y seis millones de locos?

En resumen: de 57 versos que tiene la composicion, tres ó cuatro hablan de la limpia de los caños; y los demás de puntos diferentes, en su mayor parte ininteligibles. Solo una cosa buena encontramos: y es la conformidad del sujeto con el objeto: ¿hay que limpiar albañales? Pues ahí está el Sr. Pedrueca, para que cante la operacion. ¿Quiéne escribir el Sr. Pedrueca? Pues tenga paciencia, y espere que haya albañales que limpiar, y entonces podrá lucirse. Emplear la poesía en tales cosas, es como arrastrar una virgen á una casa de prostitucion.

Y si quereis que el universo os crea.
dignos del láuro en que ceñís la frente,

que vuestro canto enérgico y valiente
digno tambien del universo sea.

Resta una observacioncita. Hace veinte años ó más que el Sr. D. Manuel de la Maza y Pedrueca publica artículos, en vista de los cuales, lo teníamos por un malísimo prosista; pero, en honor de la verdad, debemos declarar ahora, que como poeta es mucho peor todavía. ¡Vaya por Dios!

LA FEALDAD Y LA BELLEZA.

Traducción libre de Beranger.

Eres en extremo hermosa
Celia, mas con tus halagos,
Con tu gracia y tus hechizos
Mi ilusion has disipado;
Y al ver tanto petimetre
Quete rinden holocausto,
Temo caer en la sima
Donde muchos fracasaron.
Te quiero fea muy fea;
Asombrosa: miedo, espanto,
Esparciendo por el orbe
Cual los truenos y los rayos.
—Dioses! recojed piadoso
Esos dones soberanos
Que de tu seno propicio
A mi Celia has prodigado.
Si no atiendes á mis ruegos
Al infierno iré volando,
Y á Satanás humildoso
Pediré favor y amparo.
Al pronunciar la palabra
Aparecióseme el diablo,
Que es de la fealdad modelo
Por lo feo y lo tizado.
—Yo te la pondré tan fea,—
Me dijo ledo y saltando,—
Que se queden tus rivales
Como topos, atopados.
Mas ella viene risueña
Hácia este sitio cantando.
Lo consientes?—Lo consiento.
—Pues, perlas, caed rodando;
Marchitaos, rosas preciosas;
Secaos, flores de Mayo;
Las tintas de la alborada
Y del sol los bellos rayos,
Por las sombras del averno
Al punto queden trocados.
La fealdad cubra sú rostro,
Su hermosura disipando.—
Y haciendo mil contorsiones
Quedó el hecho consumado.
—Mírala,—dijo gozoso,—
Qué espantosa se ha quedado;
Pues al mismo Cancerbero
Causará terror y espanto.—
Ella exclamó:—Yo tan fea!—
Y á su espejo consultando
Duda, se asombra, se aflije;

Y en triste y doliente llanto
 Prorrumpió, y místios suspiros
 Que mi pecho contristaron.
 Yo le dije pesaroso,
 Su rabia y dolor templando:
 —¿No me juraste ser mía
 Y vivir siempre á mi lado?
 Pues si yo te quiero fea,
 ¿Qué has perdido en ese cambio?—
 De sus ojos dos torrentes
 De lágrimas se soltaron,
 Y al mirarla yo tan mustia,
 Tan abatida pensando,
 Al réprobo pedi ansioso
 Que la tornase á su estado:
 Y en unos cuantos conjuros
 Me la puso como un ramo
 De hermosas y lindas flores,
 Mas bella que el sol de Mayo
 Por las puertas del oriente
 La blanca Aurora asomando
 La encontró con su belleza,
 Con su donaire y su garbo.
 Volvió á mirarse en su espejo:
 Su bellissimo traslado
 Le presentó entre reflejos
 Su donosura y su encanto:
 Sus lágrimas aun manchaban
 Su semblante nacarado,
 Que limpió con su pañuelo,
 Enojada y murmurando:
 —Satanás se fué al infierno
 Dejándome consolado.—
 Mas ella, infiel, vengativa,
 Mi amor ingrata burlando,
 Huyó lijera diciendo:
 —Libreme Dios de un taimado
 Que para amar, dá una bella
 Por una vision al Diablo.—

J. M. de Arrambide

FERIA DE LA VICTORIA.

Así como el mar es el espejo fiel del cielo donde se retrata ya límpido, ya azul, ya sus nebulosas y pardas variaciones atmosféricas; así las diversiones y fiestas de los pueblos, son el retrato fiel de sus costumbres.

La fèria que sirve de epígrafe á este artículo, fué en un tiempo una de esas fèrias compuestas de nuestros tradicionales puestos de esteras y blancas cortinas, donde vendian las graciosas «flamencas» el antiquísimo y sabroso buñuelo y las alegres y expansivas avellanas.

Hoy, los adelantos de nuestra época han llevado hasta este ramo de nuestras costumbres populares, la innovacion, el gusto, la variacion que en todo lo demás de la vida notamos.

El año sesenta y uno se uniformaron con bella simetría los puestos, y empezó á descollar la afición á los «zuritos, pollos y gallinas.» El sesenta y dos, ya rayó en lo ideal las caprichosas y vistosísimas tiendas orientales grana y blanca, la profusion de estatuas, macetas de pino y precioso alumbrado, daban á la fèria un aspecto encantador, haciéndonos recordar los cuentos árabes de las «Mil y una noches»; dejando en el público tan gratos re-

uerdos, que aun no se han estinguido y que difícilmente se estinguirán.

El sesenta y tres, teniendo que luchar con el precedente que dejamos manifestado, se proyectó y llevó á cabo el que figurase la misma una plaza de arma, de una fortaleza, pensamiento muy oportuno, nuevo en su género y que agradó sobremanera no solo á nosotros los portuenses, sino al innumerable público que nos honra con su grata presencia en esta época del año.

Casi agotados, por lo que se vé, los recursos innovadores de los individuos de la comision, han recurrido á una idea, que si bien tiene su parte de mérito, lucha con un inconveniente grave, que sin duda no tuvieron presente al dar las órdenes para su ejecucion.

Cuando se trata de parodiar al natural, debemos procurar que el objeto copiado esté lo mas distante posible, no ya de la vista del público, que lo ha de juzgar, sino hasta de su imaginacion.

El gusto rústico ó campestre empleado el presente año en el adorno y confeccion de la fèria, hubiera estado muy en su lugar en esa plaza, donde se carece de él. En ese esteril «peregil,» donde el oxígeno y los continuos aires del mar no dejan crecer las plantaciones, pero en nuestro bello paseo de la «Victoria» próximo al Naranjal y entre una multitud de árboles, la comparacion es muy perjudicial al buen efecto de la imitacion.

Notamos además ciertas faltas, no ya de buen gusto, sino hasta de sentido comun artístico. Plátanos que aparecen saliendo sus verdes ojas del mismo tronco que una acacia, palmeras que se confunde con el paraíso; y en fin cabañas que aparecen cubiertas de nieve en el centro casi de la derecha, cuando las demás no lo estan.

Hasta aquí la parte que se presta á la censura del público y del que esté un poco dotado de gusto artístico, no queriendo estendernos mas sobre este particular, por que no digan que nunca encontramos que alabar y siempre tenemos nuestro ánimo dispuesto á la censura. ¿Quién que haya estado una vez siquiera en esta verdadera tierra de María Santísima, no recuerda con gusto su elegante, alegre, y espaciosa calle Larga? ¿Quién en los calorosos dias de S. Juan y Santiago no ha gozado de las amenas diversiones que al par de los toros se disfruta en esta poética ciudad? Su teatro, sus casinos, la inolvidable reunion de las esquinas de la calle Larga y Luna, la música situada en esta pequeña puerta del Sol, su animada concurrencia, la pintoresca nevería y su fresca y rica agua?

Y cuidado, que así como Sevilla, tiene su notabilidad «Quijada» y Cádiz su especial «Yesca» nosotros tenemos un histórico «Tio Veger» que no les cede á ninguno de los citados, no en voz, sino en tipo. Es indispensable al subir la calle Larga, para dirigirnos á la Victoria no tropezar con el «Tio Veger» que luce sus relevantes prendas preguntándole por la «burra.»

La fèria, regular de animacion, los puestos de rifa positiva, aumeutando en una proporcion, que nos hace creer que tendremos el gusto de que pronto se destierren otra clase de juegos, que no son muy morales y que causan muchos disgustos y no pocas privaciones en las familias de los aficionados á los juegos de azar.

Son dignos de mencion y se hacen notar entre otros los puestos de platería y relojes de D. Pedro Bruní de Barcelona y el de hojalatería del Sr. Dominguez de Cádiz.

La banda de música Municipal, toca bien la noche que quiere, lo cual es muy sensible, pues hay noches que por el mal gusto de sus sempiternas tocatas y por su mala egecucion, nos hace creer que se ha trasladado al sitio destinado para ella, la banda del «circo.» su vís á vís.

Los aficionados de esa se quedará media miel, pueo la complaciente empresa del ferro-carril no se ha dignads

poner tren extraordinario, teniendo que salir en el ordinario de las nueve y tres minutos, hora en que empieza á concurrir á la feria la parte mas escogida de forasteros y portuenses.

Aquí para mí, tengo un proyecto de feria que pondrá en conocimiento de su amigo Sancho con la anticipacion y oportunidad debida su amigo,

Rocinante.

Puerto, Agosto 25, 1864.

¡POR ESO!!

1.^a

Tus bellos ojos Lola,
que tanto brillan,
eran en este mundo,
mi luz, mi vista.
Ya no los veo;
por eso ya en la vida
camino ciego.

2.^a

Ramillote de encantós
era tu risa:
ella sola arrancaba
tambien la mia.
Ya no la miro;
por eso ya en la vida
nunca me rio.

3.^a

Estrechar delirando
tu mano tibia,
daba á mí pobre pecho
calor y vida.
Ya no la estrecho;
por eso poco á poco
me voy muriendo.

J. Maria.

FÁBULAS ASCÉTICAS,

en verso castellano y en variedad de metros,
por don Cayetano Fernandez, de la Congre-
gacion del Oratorio, y de la Real Aca-
demia de Buenas Letras de Sevilla.

III.

(CONCLUSION:)

Otra de las fábulas que nos han llamado la atencion por lo trascendental de la materia y por la sencillez en la exposicion, es la que lleva por título «La Cotorra.» Trátase en ella de la educacion de los hijos.

Siendo esta, en efecto, una segunda naturaleza, porque la niñez, blanda como la cera, déjase imprimir fácilmente en el corazon todos los sentimientos buenos ó malos, el descuido, el abandono, el mal ejemplo de los padres ó su demasiada contemplacion puede ser para ellos mismos causa de graves infortunios, y de la perdida temporal y eterna de los que le debieron la vida. El autor demuestra en esta composicion que los hijos no educados en el santo temor de Dios, son en su dia, los verdugos de sus padres, valiéndose para ello de esta máxima tomada del Eclesiastes. CONFUSIO PATRIS EST DE FILIO DISCIPLINATO. Dice así:

Era un padre don Gil tan mentecato,
Y en educar sus hijos fué tan nulo,
Que la negra impiedad, el desacato
Hallaban á sus ojos disimulo;
Siendo siempre su frase acostumbrada
Pse! Cosas de la edad. *Eso no es nada.*

Tantas veces soltó la frasecilla,
Que la aprendió á decir una cotorra:
Aplicando tambien la taravilla,
Que apenas siente la infernal camorra
Que suscitan los chicos, la taimada
Entona con afan: *Eso no es nada.*

Mas los niños se hicieron zagalones,
Y á su padre devoran a pesares.
Y cuando el infeliz sus aflicciones
Sin consuelo lamenta, por millares
Execrando á su prole malhadada,
La cotorra repite; *Eso no es nada.*

Ya de un hijo se encarga la justicia
Por yo no se qué fraude ó que violencia:
Ya del otro recibe la noticia
De que herido salió de una pendencia:
Y al maldecir su suerte desastrada
Cántale la cotorra: *Eso no es nada.*

Pero al cabo ya es fuerza que se enoje
Y en sus hijos la cólera desfoga:
Mas uno, el mas audáz, al padre coje
Y entre sus manos con furor le ahoga:
Y al despedir el ánima angustiada,
La cotorra le dijo: «Eso no es nada.»

*Ay padres, madres, que en piedad y en orden
No educáis vuestros hijos! ¡indolentes!
Cando al fin en los vicios se desborden
Serán vuestros verdugos inclementes;
Y caro pagareis la inocentada
De decirles á todo: ESO NO ES NADA.*

¿Y dónde hallaríamos una esplicacion tan bella y tan filosófica y cristiana del tiempo relativa á que la eternidad ha de ser para cada uno segun el uso que de él haya hecho? No cabe mas verdad ni mayor abundancia de pensamientos en este punto, y en tan breves líneas. Despues de la introduccion, pone en boca del tiempo, dirigiéndose al poeta, estas palabras:

Tú eres oro! me dice el comerciante;
Su carrera me llama el estudiante,
El labrador su afan; tan solo el necio
Me condena al olvido y al desprecio.
Quién me pinta con alas, quién sañudo
Engullendo voráz un niño crudo.
Unos dicen que calmo los pesares,
Otros que los reparto por millares;
Los que gozan me tienen por ligero,
Los que sufren por tardo y majadero.
Los jóvenes me llaman su destino,
Y los viejos me acusan de asesino.
Y despues de tan larga rociada,
El filósofo dice que soy nada.
Así, pues, en tamaño desconcierto,
Quiero saber de ti lo que hay de cierto.

El poeta le responde:

Eres... *mi salvacion ó mi ruina!*
Esto me dice la verdad divina.
Si te pierdo ¡ay de mí! serás *infierno*
Si te ocupo en el bien, *mi gozo eterno*
—«Publica esa verdad!»

*Que el tiempo es llave
De la honda eternidad ¿quién no lo sabe!*

No terminaríamos tan pronto si hubiésemos de citar todas las fábulas que merecen especial mención, por la alteza imponente de la idea cristiana y por la fácil naturalidad con que aparece desenvuelta. Véanse las que llevan por título «La Dama y el Esqueleto, Los dos potros, El girasol, La lengua y la espada, El siglo y el claustro, La cuerda destemplada, El mastin y el lobo, El director de orquesta, El siglo XIX y el solitario, El certámen de las pasiones, El sol y la lana, El aire y el insecto, El primogénito; y no solo estas, sino casi todas, porque no hay una sola en que, al lado de la belleza literaria, no haya que celebrar la grandeza del concepto y la gracia de la espresion.

No faltará algún crítico, por demás severo, que, llevado de rigor clásico, vea en algunos de estos apólogos mas seriedad que donaire, cuando no debe olvidar el poeta en la Fábula el recreo y diversion del ánimo, que solo pueden alcanzarse con un estilo epigramático y alegre, sembrado de gracejo. Verdad, diremos nosotros: el autor en su prólogo lo reconoce así, y desde Esopo y Fedro á Lafontaine, y de estos á Iriarte y Samaniego, ese ha sido el giro dado por todos los fabulistas á sus pequeños poemas. Mas prescindiendo de que muchos de esta época mas han atendido á la enseñanza moral y la agudeza de ingenio que al chiste, en las fábulas ascéticas del señor Fernandez, primeras de este género, hay asuntos que por su gravedad austera rechazan de sí todo recurso festivo, y ha sido en nuestro sentir muy cuerdo, dejándolos en su elevada altura. Bástaes, además de las cualidades indicadas, la claridad; y esa es tan completa, que la inteligencia de la niñez es suficiente para comprenderlo sin esfuerzo alguno.

Por lo demás, en la mayor parte de sus fábulas no se olvida que ha estudiado á los grandes poetas de este género, y nunca les cede, y á veces les supera, en las dotes principales que constituyen al verdadero fabulista. Ahí están la de «Los canarios, El caracol y el cigarron, La abeja y la lechuza, Los compadres, El leopardo y la ardilla, y todas aquellas en que mas lo consiente la naturaleza del asunto. Sin rebuscar terminaremos con la de «El esquilon y el gato,» para que se vea cuán fundado es nuestro juicio. El testo es de San Mateo. «Dicunt et non faciunt.»

Un esquilon muy ladino
Asomado á su tronera,
Con limpio acento argentino
Llamaba al culto divino
Al pueblo de esta manera:

—«Parroquiano
Mal cristiano,
Ven á misa,
Pues te avisa
Que ya es hora
Mi sonora
Voz de alado serafin.

Tin, tin, tin.

¿No te pasma
Y entusiasmo
Mi desvelo
Y este celo
Con que llamo,
Cual reclamo
Del Empírico confin?

Tin, tin, tin.

Oyó el sonsonete un gato

(El rubió Mariamaquí)
Desde el tejado inmediato,
Y sin pizca de recato
Hubo de argüirle así:

—«¡Linda pieza!
¿No es rareza
Que con tanto
Son de santo
Nunca al templo,
Dando ejemplo,
Descendió tu beatitud?

Miaú, Miaú.

Así digo,
Que conmigo
Tu palabra
Poco labra,
Pues no tiene
Lo que viene
A dar peso á la virtud.

Miaú, miaú.

*Quien las virtudes predique
Sin dar a la vez ejemplo,
Que no muy alto repique,
No sea que se le aplique
Lo que al esquilon del templo.*

¿Puede esponerse con mas donaire y sencilla claridad que el consejo sin el ejemplo no edifica?

Si además hay en estas fábulas inventiva y novedad de espresion en los asuntos, colorido y gracia en las imágenes, precision y naturalidad en el diálogo, y concision en las pinturas; si la versificación es amena, fácil y armoniosa; si la dición es propia y castiza; y si encierran una colección de máximas cuya enseñanza es completa para la perfeccion de la vida moral y cristiana, nos parecerá extraño el vivo placer que nos ha producido su lectura y la gratísima sorpresa que experimentamos al encontrar en el autor un escelente poeta y un admirable fabulista.

José Fernandez Espino.

EL MISERERE.

LEYENDA RELIGIOSA.

II.

Después de una ó dos horas de camino, el misterioso personaje que calificaron de loco en la abadía, remontando la corriente del riachuelo que le indicó el rabadan de la historia, llegó al punto en que se levantaban negras é imponentes las ruinas del monasterio.

La lluvia habia cesado, las nubes flotaban en oscuras bandas, por entre cuyos girones se deslizaba á veces un furtivo rayo de luz pálida y dudosa, y el aire, al azotar los fuertes machones y estenderse por los desiertos claustros, diríase que exhalaba gemidos. Sin embargo, nada sobrenatural, nada extraño venia á herir la imaginacion. Al que habia dormido mas de una noche sin otro amparo que las ruinas de una torre abandonada ó un castillo solitario, al que habia arrostrado en su larga peregrinacion cien y cien tormentas; todos aquellos ruidos le eran familiares.

Las gotas de agua que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caian sobre las losas con un rumor acompasado, como el de la péndola de un reloj; los gritos del buho, que graznaba refugiado bajo el nicho

de piedra de una imagen, de pié aun en el hueco de un muro; el ruido de los reptiles, que despiertos de su letargo por la tempestad sacaban sus disformes cabezas de los agujeros donde duermen, ó se arrastraban por entre los jaramagos y los zarzales que crecian al pié del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia, todos esos estraños y misteriosos murmullos del campo, de la soledad y de la noche llegaban perceptibles al oido del romero, que sentado sobre la mutilada estátua de una tumba, aguardaba ansioso la hora que debiera realizarse el prodigio.

Trascurrió tiempo y tiempo, y nada se percibió; aquéllos mil confusos rumores seguian sonando y combinándose de mil maneras distintas; pero siempre los mismos.

—Si me habrá engañado, pensó el músico; pero en aquel instante se oyó un ruido nuevo, un ruido inesplicable en aquel lugar, como el que produce un reloj algunos segundos antes de sonar la hora, ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan, de maquinaria que se agita sordamente y se dispone á usar de su misteriosa vitalidad mecánica, y sonó una campanada... dos... tres... hasta once.

En el derruido templo no habia campana, ni reloj, ni torre ya siquiera.

Aun no habia espirado, debilitándose de eco en eco la última campanada, todavía se escuchaba su vibracion temblando en el aire, cuando los doseles de granito que cobijaban las esculturas, las gradas de mármol de los altares, los sillares de las ojivas, los calados antepechos del coro, los festones de tréboles de las cornisas, los negros machones de los muros, el pavimento, las bóvedas, la iglesia entera, comenzó á iluminarse espontáneamente sin que se viese una antorcha, un cirio, ó una lámpara que derramase aquella insólita claridad.

Parecia como un esqueleto de cuyos huesos amarillos se desprende ese gas fosfórico que brilla y humea en la oscuridad con una luz azulada, inquieta y medrosa.

Una vez reedificado el templo comenzó á oirse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido del aire, pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecian salir del seno de la tierra é irse elevando poco á poco haciéndose de cada vez mas perceptible.

El osado peregrino comenzaba á tener miedo; pero con su miedo luchaba aun su fanatismo por todo lo deshusado y maravilloso, y alentado por él dejó la tumba sobre que reposaba, se inclinó al bordo del abismo por entre cuyas rocas saltaba el torrente, despeñándose con un trueno incesante y espantoso, y sus cabellos se erizaron de horror.

Mal envueltos en los girones de sus hábitos, caladas las capuchas, bajo los pliegues de las cuales contrastaban con sus descarnadas mandibulas y los blancos dientes, las oscuras cavidades de los ojos de sus calaveras, vió los esqueletos de los monjes que fueron arrojados desde el pretil de la iglesia á aquel precipicio, salir del fondo de las aguas y agarrándose con los largos dedos de sus manos de hueso á las grietas de las peñas, trepar por ellas hasta tocar el borde, diciendo con voz baja y sepulcral, pero con una desgarradora espresion de dolor, el primer versículo del salmo de David.

Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam!

Cuando los monjes llegaron al peristilo del templo, se ordenaron en dos hileras, y penetrando en él fueron á arrodillarse en el coro, donde con voz mas levantada y solemne, prosiguieron entonando los versículos del salmo. La música sonaba al compás de sus voces: aquella música era el rumor distante del trueno, que desvanecía la tempestad se alejaba murmurando; era el zumbido del aire que gemia en la concavidad del monte; era el monótono ruido de la cascada que caia sobre las rocas, y la gota de agua que se filtraba, y el grito del buho escondido, y el roce de los reptiles inquietos; todo esto era la música y algo mas que no puede esplicarse ni apenas concebirse, algo mas que parecia como el eco de un órgano que acompañaba los versículos del gigante himno de contricion del rey Salmista, con notas y acordes tan gigantes como sus palabras terribles.

Siguió la ceremonia; el músico que la presenciaba absorto y aterrado, creia estar fuera del mundo real, vivir en esa region fantástica del sueño en que todas las cosas se revisten de formas estrañar y fenomenales. Un sacudimiento terrible vino á sacarle de aquel estupor que embargaba todas las facultades de su espíritu. Sus nervios saltaron al impulso de una conmocion fuertísima, sus dientes chocaron, agitándose con un temblor imposible de reprimir, y el frio penetró hasta en la médula de sus huesos.

Los monjes pronunciaban en aquel instante estas espantosas palabras del *Miserere*.

In iniquitatibus conceptus sum et in peccatis concepit me mater mea.

Al resonar este versículo y dilatarse sus ecos retumbando de bóveda en bóveda, se levantó un alarido tremendo que parecia un grito de dolor arrancado á la humanidad entera por la conciencia de sus maldades, un grito horroroso formado de todos los lamentos del infortunio, de todos los aullidos de la desesperacion, de todas las blasfemias de la impiedad, concierto monstruoso, digno intérprete de los que viven en el pecado y fueron concebidos en la iniquidad.

Prosiguió el canto, ora tristísimo y profundo, ora semejante á un rayo del sol que rompe la nube oscura de una tempestad, haciendo suceder á un relámpago de terror, otro relámpago de júbilo, hasta que merced á una transformacion súbita, la iglesia resplandeció bañada en luz celeste, las osamentas de los monjes se vistieron de sus carnes, una aureola luminosa brilló en derredor de sus frentes; se rompió la cúpula, y á través de ella se vió el cielo como un océano de lumbre abierto á la mirada de los justos.

Los serafines, los arcángeles, los ángeles y las gerarquías acompañaban con un himno de gloria este versículo, que subia entonces al trono del Señor como una tromba armónica. como una gigantesca espiral de sonoro incienso.

Auditui meo dobis gaudium et lætitiám et exaltabunt ossa humiliata.

En este punto la claridad deslumbradora cegó los ojos del romero, sus sienas latieron con violencia, zumbaron sus oidos, y cayó sin conocimiento por tierra, y no oyó mas.

III.

Al día siguiente, los pacíficos monjes de la abadía de Fitero, á quienes el hermano lego había dado cuenta de la estraña visita de la noche anterior, vieron entrar por sus puertas, pálido y como fuera de sí, al desconocido romero.

¿Oísteis al cabo el *Miserere*? le preguntó con ironía el lego, lanzando á hurtadillas una mirada de inteligencia á sus superiores.

—Sí, respondió el músico.

—¿Y qué tal os ha parecido?

—Lo voy á escribir. Dadme un asilo en vuestra casa prosiguió dirigiéndose al abad; un asilo y pan por algunos meses, y voy á dejaros una obra inmortal del arte, un *Miserere* que borre mis culpas á los ojos de Dios, eternice mi memoria, y eternice con ella la de esta abadía.

Los monjes, por curiosidad, aconsejaron al abad que accediese á su demanda: el abad, por compasión, aun creyéndole un loco, accedió al fin á ella, y el músico, instalado ya en el monasterio; comenzó su obra.

Noche y día trabajaba con un afán incesante. En mitad de su tarea se paraba, y parecía como escuchar algo que sonaba en su imaginación, y se dilataban sus pupilas, saltaba en el asiento, y exclamaba: ¡Eso es, así, así, no hay duda... así, y proseguía escribiendo notas con una rapidéz fébril, que dió en mas de una ocasión que admirar á los que le observaban sin ser vistos.

Escribió los primeros versículos, y los siguientes, y hasta la mitad del Salmo; pero al llegar al último que había oído en la montaña, le fué imposible proseguir.

Escribió uno, dos, cien, doscientos borradores, todo inútil. Su música no se parecía á aquella música ya anotada, y el sueño huyó de sus párpados, y perdió el apetito, y la fiebre se apoderó de su cabeza, y se volvió loco y se murió, en fin, sin poder terminar el *Miserere*, que, como una cosa estraña, guardaron los frailes á su muerte, y aun se conserva hoy en el archivo de la abadía.

Quando el viejecito concluyó de cortarme esta historia, no pude menos de volver otra vez los ojos al empolvado y antiguo manuscrito del *Miserere*, que aun estaba abierto sobre una de las mesas.

In peccatis concepit me mater mea.

Estas eran las palabras de la página que tenía ante mi vista, y que parecía mofarse de mi con sus notas, sus llaves y sus garabatos ininteligibles para los legos en la música.

Por haberlas podido leer hubiera dado un mundo.
¿Quién sabe si no será una locura?

Gustavo A. Beequer.

MESA REVUELTA.

No estrañen nuestros lectores que hoy dediquemos también algunos párrafos al señor R., autor de las elucubraciones critico-musicales que ven la luz pública en el piso bajo del periódico *El Comercio*, para espanto del arte y regocijo de las gentes de buen humor.

Esta insistencia nuestra tiene un objeto altamente laudable y que vamos á explicar en dos palabras. Las

que en el número anterior del *Sancho* dedicamos al señor R. han quedado sin contestación, lo cual es prueba evidente de que el mencionado señor las juzga incontestables; y puesto que ya hemos conseguido este pequeño triunfo, debemos continuar empujando al pecador por el camino del arrepentimiento, hasta lograr un completo acto de contrición que se traduzca en el hecho de que el señor R. deje la pluma, instrumento de tanto desaguisado contra los buenos principios de crítica y de lenguaje.

Ya hemos dicho que el señor R. no nos ha contestado una sola palabra. Es verdad que habrá estado ocupadísimo en escribir su última revista, la cual vamos á comentar ahora, que bien lo merece, como verá el curioso lector.

Empecemos por consignar el grave aprieto en que el señor R. declara haberse visto para juzgar la ópera del señor Bonetti. El caso ha sido terrible. ¿Cómo hablar de la ópera sin tener delante la partitura? Para decir si una obra es buena ó mala, para señalar los pasajes mas notables de ella, el señor R. cree indispensable, dos cosas: la partitura y el consabido metrónomo. El metrónomo lo tenía, pero no la partitura; por consecuencia, no ha podido hablar estensamente, como lo hubiera hecho con esa circunstancia. Algo dice, sin embargo, aunque segun sus mismas palabras, *con cierta ligereza*, y no es raro que andando tan de prisa haya pegado mas de un tropezon.

Verdaderamente que ya raya en historia ese afán del señor R. por estudiar la partitura. Hasta ahora todos sus análisis han estado reducidos á decir pura y simplemente que tal pieza es bonita; tal otra de efecto, esta preciosa; aquella característica. Para meterse en tales profundidades, nos parece bastante oír la ópera en el teatro; y, por otra parte, no creemos que el público, para hallar bonita una pieza, necesite que se lo diga el señor R., máxime tratándose de óperas que todo el mundo sabe de memoria.

Todo el resultado de los estudios del señor R. consiste en citar versitos italianos que esmalten sus revistas y llenen papel. Con esto, con reseñar el argumento y consultar el metrónomo, ya está lista una crítica musical segun el patron de las del señor R.

Verdad es que este señor debe tener poca memoria, porque otra falta no podemos suponer en quien tanto blasona de imparcialidad. No queremos atribuir á otra causa las omisiones que se notan en todas sus revistas y en las que alguno, mas suspicaz que nosotros, podría ver un estudiado desden, tan injusto como poco galante, á una insigne artista cuyo mérito es muy superior á todo lo que el señor R. alcance á comprender. Prueba de esto es su última revista. Habla del *Trovador* y se acuerda del señor Nicolini y no cita siquiera á la señora Penco que se levanta en esa ópera, especialmente en el cuarto acto, á una altura que el señor R. no puede apreciar debidamente, porque para ello no sirven la partitura ni el metrónomo. Llega á ocuparse en la función á beneficio del proyectado Asilo, y deshaciéndose en elogios del señor Nicolini, no tiene un aplauso para la señora Penco, tan sublime en el ária de *Casta diva*, que le valió una ovación tan ruidosa como merecida. Y para que mas resalte la falta de memoria del señor R., basta observar que cuando con tanto esmero cuenta y consigna los aplausos

del público á otros artistas, prescinde por completo de hacer mencion de esas demostraciones. A juzgar por estos hechos, debemos creer que la memoria es una facultad negativa *que tiene* el señor R.; advirtiendo que esto de *tener facultades negativas* es una observacion filosófica de dicho señor en su última revista.

Tambien la emprende este pseudo-crítico con el ilustrado maestro señor Bonetti, en quien procura descargar toda la responsabilidad de la mala ejecucion de *Linda*. Hasta ahora no conociamos la peregrina idea de hacer responsable á un director de orquesta, de los defectos y cualidades de los artistas y de si estos *entran* ó no á *tiempo* en la ejecucion de sus cantos. Además, que cuando el señor Boaetti falta alguna noche en su puesto, queda para reemplazarle un inteligente profesor de música, que creemos no está en el caso de recibir lecciones del profundo crítico señor R.

¿A qué seguir enumerando todas las *bellezas* que atesoran las revistas del señor R. nuevo Zoilo musical, y gracioso Aristarco lírico? Basta con las enumeradas para divertimento y solaz de nuestros lectores, y para dar una ligera idea de la última reseña del ya célebre señor R.

No nos faltará asunto en otros números para continuar nuestras observaciones.

M. G. de M.

Parodia graciosa y oportuna nos parece ha de ser, la que tendrá lugar en esta plaza de toros en la tarde del Domingo. Despues de correrse dos novillos por una cuadrilla muy *regularcita*, á cuyo frente está el veterano Paco Ezpeleta, aparecerá en el redondel la nueva y flamante *compañía portuguesa*, capitaneada por el *cabaleiro en asno*, TABARES el insigne. El valiente YESCA, ese héroe de Puerto-Real, transformado en *Tigro Bó*, destrozará con sus afiladas garras á los inocentes novillos que osen ponerse al alcance de su sanguinario hocico. Tendremos un espectáculo ameno y divertido.

Vamos á ocuparnos en la última novedad teatral que ha ocurrido desde nuestra última revista: tal ha sido el estreno de *Giovanna Shore*, ópera del maestro Bonetti, cuyo libretto es debido á la pluma del conocido poeta italiano Felice Romani.

Los que estamos acostumbrados á admirarle en la *Norma* y en otras producciones de la misma índole, tan notables por sus condiciones líricas, como por su valor literario, no hemos dejado de estrañar el ver el nombre de Romani en la portada de un libro como el de *Giovanna Shore*. Falto de situaciones verdaderamente dramáticas, sin interés alguno, lleno de inverosimilitudes y escrito desatinada é incorrectamente; el libretto de que nos ocupamos no es el mas apropiado para despertar la inspiracion del compositor y hacerle producir piezas musicales de verdadera importancia. Con todos estos inconvenientes ha tenido que luchar necesariamente el señor Bonetti al escribir la música de esta ópera, y así no es de estrañar que algunas veces lo háyamos encontrado poco feliz en la eleccion de los motivos que contienen algunas piezas, faltas de vida en la parte literaria, y que por lo tanto el resultado de la combinacion musical no haya sido todo lo satisfactorio que fuera de desear.

Un maestro como el señor Bonetti, que con tanto

acierto sabe dirigir una orquesta y darle el verdadero colorido dramático en obras de distinto género, que indudablemente ha de conocer á fondo todos los secretos de la instrumentacion, no hubiera podido incurrir en ciertas ocasiones en una languidez que pudiéramos llamar monótona, á no haber encontrado el obstáculo de trabajar sobre un libro falto de condiciones musicales, y que ha cortado, á no dudarlo, el vuelo de su inspiracion.

En el primero y segundo acto, si bien la marcha de la accion es pesada, ha sabido encontrar algunos pasages donde demostrarnos su talento, tales como la romanza de tiple del primer acto, cantada de una manera admirable por la señora Penco; la cavaletta del dúo de tiple y barítono del mismo, armonizada de un modo bastante notable, y el dúo de tiple y tenor del segundo.

En el tercero y cuarto encontramos á mucha mas altura al compositor, distinguiéndose el final del tercero que contiene algunas bellezas, aunque, segun nuestra humilde opinion, hubiera podido sacar mucho mas partido del final del andante, habiendo hecho seguir al coro unísono con los bajos de la orquesta las contestaciones que estos hacen entre cada pequeña frase de dos compases. La stretta es de buen efecto como sonoridad, aunque creemos que esta cualidad está quizá algo exajerada.

El ária de tenor del cuarto es de lo mas inspirado de la obra, siendo notable así por su buena estructura como por la belleza de la melodía; no obstante, creemos que no ha hecho todo el efecto que debiera por no adaptarse á las cualidades especiales de la voz del señor Nicolini.

El coro de mendigos está bien concebido y la instrumentacion es movida, *petillante*; la cavaletta de barítono con que termina esta escena, es valiente. El preludio de orquesta que antecede á la salida de la tiple, está escrito con bastante filosofía: aquella melodía entrecortada que hacen la flauta y el oboe, cuyas notas se oyen siempre en los tiempos débiles del compás, espresan admirablemente el cansancio de la desventurada Giovanna; siendo asimismo notable el acompañamiento de los violines, que contribuyen al buen efecto de este trozo instrumental.

El rondó es bello, y mucho mas en boca de la señora Penco, que lo dice de una manera deliciosa; haciendo gala de su bellísima voz, de un timbre tan puro como argentino, de las notas picadas, escalas y trinos que ejecuta tan admirablemente, y entre los cuales los mas notables son los dos ascendentes que ataca al repetir el coro las dos primeras frases de la melodía, y el último que sostiene largo tiempo destacándose sobre los coros y la orquesta de una manera notabilísima.

Damos nuestra enhorabuena al señor Bonetti por el brillante éxito que ha alcanzado su obra y por las muestras de aprecio que ha recibido, así del público como de los artistas, y entre las cuales debemos consignar una linda escribanía de plata y dos elegantes coronas.

EDITOR RESPONSABLE:

DON JOSÉ MARÍA RUIZ.

CADIZ 1864.

Huistracion Gaditana, San Miguel, 18.